

Teorías de la metáfora e interpretación:
Examen de algunas consecuencias reduccionistas
a partir del planteamiento hermenéutico de Paul Ricoeur*

*Carlos Emilio Gende***

Universidad Nacional del Comahue

Palabras clave: metáfora, interpretación, hermenéutica, comprensión, explicación, traducibilidad

Parte de una consideración general acerca del papel de la hermenéutica para afirmar que su problema central consiste en la interpretación de textos escritos. Ahora bien, esto, que pareciera *una verdad de Perogrullo*, supone deslindar dos cuestiones complementarias, mismas a las que Paul Ricoeur presta especial atención: a) el campo de aplicación de la actividad interpretativa; y b) su especificidad epistemológica.

Respecto al primer asunto, el ámbito de la hermenéutica, el hecho de que el problema de interpretación se relacione con las obras escritas supone para Ricoeur una triple autonomía digna de considerar: de las intenciones del autor, de la situación de producción de la obra y del lector original (*cfr.* Ricoeur, 1976b, cap. 1).¹ Esta

* Este trabajo desarrolla temas presentados en el marco del “Ciclo de Conferencias Filosóficas”, en la Escuela Nacional de Estudios Profesionales—Acatlán de la Universidad Nacional Autónoma de México, durante el mes de octubre del 2000 y por una invitación del doctor Raúl Alcalá Campos. Agradezco muy especialmente al doctor Mario A. Presas sus comentarios y sugerencias a versiones preliminares de este ensayo.

** gendepadilla@ciudad.com.ar

¹ Véase también Ricoeur, 1986: 206-213.

autonomía revela que la situación de interpretación de textos escritos adquiere un rango de especificidad no análoga a la situación de habla y, por ende, no analizable desde ella. Cabe mencionar que autores como Willard O. V. Quine problematizan también la interpretación ante situaciones de habla y extraen de ello consecuencias para la indeterminación de la traducción, así como para la inescrutabilidad de la referencia. Sin embargo, es claro que se trata de dos situaciones distintas y que la situación ante los textos escritos adquiere, al menos, un rango de autonomía respecto del habla, por lo cual no cabría inferir consecuencias de una para la otra. Es cierto que Ricoeur supone la posibilidad de satisfacer los requisitos de interpretación de emisiones habladas recurriendo para ello, por ejemplo, a los *deícticos* (cfr. Ricoeur, 1976b, cap. 1); tema que precisamente es lo que pondría en duda el tipo de planteamientos como los ofrecidos por Quine. En la perspectiva de Ricoeur, el fenómeno de la polisemia propio de las palabras² ante la situación oral se resuelve en el juego de preguntas y respuestas, lo cual supone una caracterización básica de interpretación: la actividad de discernimiento sensible al contexto de emisión (cfr. Ricoeur, 1973: 44); todo lo cual avanza, es claro, sobre la simple constatación de asentimiento y disasentimiento ante la estimulación de nuestra superficie sensorial, propia del género quineano.³ Y si bien puede sospecharse que hay una correspondencia entre lo que Ricoeur sostiene y lo que es necesario para dar cuenta del fenómeno de la interpretación, tanto en la escritura como en el habla, sin embargo, insisto, el hecho de que reconozca la especificidad de sus problemas como modos de realización distintas del discurso nos permite trabajar el problema hermenéutico en su autonomía.

En lo concerniente al segundo aspecto, la especificidad epistemológica, surge el problema de la distinción, interna a la hermenéutica, entre comprensión y explicación y la bien conocida oposición entre esos pares, lo cual ha conducido sistemáticamente a suponer una suerte de dualidad cognoscitiva deudora, a su vez, de una dualidad ontológica irrebasable.⁴ Dualidad que restringiría la actividad

² Ricoeur distingue cuidadosamente entre polisemia, problema que afecta a las palabras, la ambigüedad, propia de las oraciones, y la plurivocidad, que afecta a los textos, para mostrar con ello que la interpretación de estos últimos no es resoluble mediante las otras dos estructuras lingüísticas (cfr. Ricoeur, 1986: 225).

³ Cfr. Willard O. V. Quine, *Palabra y objeto*, Barcelona, Labor, 1968, *Del estímulo a la ciencia*, Barcelona, Ariel, 1998 y *La relatividad ontológica y otros ensayos*, Madrid, Tecnos, 1986.

⁴ Cfr. Paul Ricoeur, 1976b, cap. IV y Ricoeur, 1986: 179-205, para la oposición explicar/comprender; y Ricoeur, 1973, para una detallada presentación de la génesis de los problemas hermenéuticos a partir de los autores señalados hasta llegar a Martín Heidegger y la interpretación de Hans-Georg Gadamer.

interpretativa a la supuesta captación de una subjetividad expresada en la obra y la autocaptación del lector en la misma; dualidad que aparece como obstáculo para la determinación de parámetros interpretativos, lo que se ha dado en llamar *círculo hermenéutico*, esto es, la aporía fundamental que inhabilitaría cualquier criterio de legitimación que pretenda asegurarse algo más que la contemplación de sí en la obra escrita, establecida ya la brecha entre lo subjetivo y lo objetivo que acompaña a las dualidades antes mencionadas.

Desde estos dos aspectos se vertebra el campo de problemas medulares de la hermenéutica, para cuyo tratamiento Ricoeur propone, en “Metaphor and the central problem of hermeneutics” (1974), establecer una relación entre la teoría del texto y la teoría de la metáfora, a partir de la consideración del fundamento común a ambas en el discurso. Podría resultar abusivo, o al menos bastante simplificador, acudir en este contexto inicial a la sugerente descripción de la metáfora como una obra en miniatura⁵ para justificar rápidamente semejante asimilación. La diferencia obvia en la extensión de cada una de estas construcciones del lenguaje pareciera impedirlo; sin embargo, es la mutua atribución para ellas del fundamento en el discurso lo que permite —ahora a partir de la revisión de las paradojas que entraña su descripción— advertir la raíz común a ambas. La tematización de la metáfora como una pequeña obra exige dar cuenta de criterios que recojan, en primer término, la tensión entre una instancia del discurso en tanto realización y otra instancia que podríamos denominar virtual, como condición de posibilidad ideal para la ocurrencia de la primera; es decir, si todo discurso es producido como un *evento*, exige también que sea entendido como código o *sistema*.⁶

La tensión entre los elementos del par alude a una tensión constitutiva del discurso y prepara el terreno desde donde se dirimirán gran parte de los problemas relativos a la interpretación. Sin embargo, ¿por qué es la metáfora el fenómeno al

⁵ El autor toma este concepto de Beardley, 1958: 134. Cfr. Paul Ricoeur, 1974: 165.

⁶ Otra de las paradojas consiste en advertir que si bien el significado se apoya en una *estructura predicativa*, involucra además una *oposición entre identificación y predicación*. También, si la estructura proposicional cuenta con un sentido o *patrón immanente del discurso*, el cual puede ser tratado en términos de explicación, además cuenta con referencia “entendida como el poder del discurso de aplicarse a una realidad extralingüística respecto de la cual el discurso dice lo que dice” (Ricoeur, 1974: 168), y que puede ser tratada en términos de interpretación. A su vez, si el discurso puede ser entendido desde el punto de vista de su *contenido proposicional*, también puede serlo desde la *fuerza ilocucionaria*. Finalmente, si el discurso supone *referencia a la realidad* extralingüística mentada por el contenido proposicional, también comporta una *referencia al sujeto de la emisión*, es decir, una referencia a sí mismo.

que le interesa comparar los textos? Y, ¿cuál es la teoría de la metáfora que le permitirá extraer conclusiones fértiles para dar cuenta de la interpretación?⁷

Con el fin de ofrecer pruebas en favor de una hipótesis más vasta, por el momento sostengo que la teoría de la interpretación de Ricoeur proporciona elementos que nos permitirían superar los reduccionismos en boga sobre este tema —tanto los provenientes de un inmanentismo lingüístico como aquellos deudores de un naturalismo de los estratos últimos que detendrían los procesos de semiosis— y que elijo tomar como campo temático, para analizar la aplicación de las distintas teorías en pugna, el que se constituye a partir de los criterios con que se determina el alcance de lo metafórico en el lenguaje; alcance que debería ser medido con los pares de oposición antes mencionados si es que adoptamos la tesis de la constitución de lo metafórico en el discurso.

La tematización de la metáfora como una modalidad distintiva del lenguaje y en permanente tensión con su otro, el lenguaje literal —respecto del cual pareciera estar condenada a establecer relaciones excluyentes, ya sea de suplencia, por subordinación, o bien de predominio, por absorción genética de lo literal en lo metafórico— se me ocurre que funciona como un laboratorio de prueba para las distintas concepciones que pugnan por adjudicar un lugar específico al lenguaje en relación con el mundo.⁸

⁷ Mas aun, si Ricoeur apela a la distinción entre explicar e interpretar para dar cuenta de las relaciones entre estas construcciones lingüísticas desde una presentación que elige el modo de explicar para ir de la metáfora al texto y el modo de interpretar para ir del texto a la metáfora, lo cual supone no la intercambiabilidad entre ambas aunque afirme su reciprocidad (*cf.* Ricoeur, 1974: 180).

⁸ Como bien señala Umberto Eco, pareciera que ante el problema de la caracterización de la metáfora nos vemos siempre llevados a optar entre dos opciones excluyentes: a) el lenguaje es por naturaleza y originalmente metafórico, por lo cual toda regla o convención posterior nace para reducir, disciplinar y empobrecer la riqueza metafórica que define al hombre como animal simbólico; b) la lengua es un mecanismo establecido por convención y regido por reglas, es decir, una máquina capaz de formular previsiones y decir qué oraciones pueden generarse correctamente, por lo cual la metáfora sería un fallo, un sobresalto de esa máquina, un producto inexplicable de la misma. Eco completa esta descripción extrayendo las consecuencias autorrefutatorias que se infieren de adoptar cada una de las dos alternativas excluyente: “Si la metáfora funda el lenguaje, sólo puede hablarse metafóricamente de la metáfora. Entonces, toda definición de ella resultará circular. Si, en cambio, existe una teoría de la lengua que indica cuáles son sus productos ‘literales’, y la metáfora es una perturbación de esa teoría [...], entonces el metalenguaje teórico tiene que hablar de algo que, por su misma construcción, es incapaz de definir” (Eco, 1984: 169). Mi intento, a partir de las elaboraciones de Ricoeur, está destinado precisamente a intentar superar esta destrucción de los opuestos, mostrando más bien que se trata de pretensiones complementarias.

Sin embargo, ¿habrá acaso un tratamiento del lenguaje metafórico que exima de semejante opción? Si de la caracterización de la metáfora depende nuestra defensa de un trato no reduccionista de los fenómenos de interpretación textual, resultará indispensable dar cuenta de una concepción de la metáfora que supere la polaridad excluyente sin descuidar las exigencias de cada uno de los extremos; es decir, se debería poder lograr una concepción que muestre la tensión entre distintas modalidades del discurso y que les permita subsistir de modo complementario.

Para llevar a cabo esta caracterización, algunos de los componentes a tener en cuenta consistirán en: 1) destacar la especificidad de las metáforas vivas; 2) defender su virtud cognitiva como instancia discursiva que añade y no sustituye; y 3) reparar en el lugar del intérprete para su plena realización. A continuación, procedo a examinar algunas teorías contemporáneas relevantes sobre la metáfora, destacando lo que considero son sus fallos por una insuficiente caracterización de su papel específico, a la luz de alguno de los componentes destacados. Así, revisaré la teoría sustitutiva, la de la interacción, una pragmática y otra cognitiva. Hacia el final, intentaré ofrecer algunas consideraciones que superen estas dificultades a partir de la tematización de la metáfora en términos de creatividad regulada como resultado del acto de interpretación, según los resultados a los que llega la teoría de Paul Ricoeur; todo esto me permitirá no sólo evaluar las posiciones descritas, una contribución para la superación de los problemas que son fruto del reduccionismo en teorías de la interpretación.

Problemas que, en términos generales, se pueden esquematizar señalando la discusión entre aquellos que intentan reducir la interpretación empleando distintos criterios de estabilización y quienes proponen extenderla al infinito sin más. En este sentido es que me interesa tomar, como núcleo a tematizar, el problema del alcance de lo metafórico en la constitución del lenguaje para analogarlo al problema de los límites de la interpretación, pues me guía la sospecha de que —sin sostener por ello dependencias de orden causal ni de cualquier otra índole— existe al menos la posibilidad de ver en las discusiones acerca del alcance de lo metafórico, pautas para precisar mejor el problema de la libre interpretación textual y de sus posibles soluciones. De modo tentativo y provisional, señalo que si fuera a sostener la omnipresencia de lo metafórico, me inhabilitaría, por un lado, para dar cuenta de criterios que limiten la interpretación y, si sostuviera su incumbencia entre otras modalidades del discurso, debería aun dirimir si los límites surgen de criterios que inclinan la balanza hacia un orden de supuesta prioridad del lenguaje natural o si surgen más bien de una diferencia interna al lenguaje —diferencia ésta última que

acepta la intercomunicación de distintos órdenes conceptuales sin disolver unos en otros— con lo cual se me permitiría acotar universos de discurso legítimamente interpretables.

LA METÁFORA ENTRE PALABRA Y ORACIÓN

Tal vez uno de los problemas filosóficos más interesantes en las teorías de la metáfora para la determinación de los límites de la interpretación, se circunscriba a los alcances ontológicos del desvío, característica esta que surge habitualmente en las descripciones lingüísticas o semánticas de la metáfora como *tropo*. Desvío de qué y hacia qué, como preocupación de orden referencial, pero solidaria a su vez de presupuestos lingüísticos que pretenden distinguir entre modos primarios y secundarios de los significados lexicales.

Ahora bien, en verdad este modo de enfocar el problema de la metáfora es solidario de una caracterización que ha entendido por tal al cambio de nombre por sustitución o reemplazo. Ricoeur no descuida este proceso de modificación que ocurriría en los actos de denominación a expensas de las metáforas, pero lo considera insuficiente si no es complementado con un enfoque que atienda a la enunciación metafórica, es decir, a la realización de la metáfora como resultado de la atribución, tal como ocurre en los actos de enunciación. En este sentido, la primera teoría que voy a examinar, la sustitutiva, exhibe su fallo precisamente por descuidar esta diferencia.

En el tercer estudio de *La métaphore vive*, “La métaphore et la sémantique du discours”, Ricoeur opone una teoría de la *tensión* para la metáfora enunciando una teoría de la sustitución para la misma — término que, simultáneamente, muestra cómo la primera se atiene a la producción de la metáfora en el seno de la frase tomada en su totalidad, mientras que la segunda se atiene al efecto de sentido en el nivel de la palabra aislada.

Cabe recordar que, en el primer estudio de la misma obra, se muestra la determinación histórica por parte de la retórica clásica que ha establecido un vínculo decisivo entre metáfora y palabra. Esta vinculación tendría su génesis, según Ricoeur, en una decisión metodológica de Aristóteles, quien en la *Poética* de algún modo decide el destino posterior de los estudios sobre metáfora al elegir como unidad de análisis las partes constitutivas de la *lexis* en vez de examinar los modos de elocución; con lo cual, a partir de él, el término común a la enumeración

de las partes de la elocución y a la definición de la metáfora es el nombre (*cf.* Ricoeur, 1975: 20), la unidad más pequeña de significación propia, dado que se trataría de una emisión de voz compuesta de partes carentes de significado aislado.⁹

Esta posición de privilegio dada a la palabra, y que incidirá en la consideración de la metáfora como figura en la que se produce una traslación de nombres, se mantiene hasta los estudios retóricos del siglo XIX.¹⁰

De allí que resulte decisiva la elección del término *discurso* —que Ricoeur toma de Emile Benveniste— para trazar la distinción entre denominación y predicación, tal como lo hace en su tercer estudio de *La métaphore vive*, pues con este término se alude al modo de significación propio de la lengua entendida como productora de mensajes. Para fundamentar la distinción, Ricoeur opone un enfoque semántico a uno semiótico. Para el primero, el sentido es resultante de la adecuación a las circunstancias y del ajuste de los diferentes signos entre ellos (*cf.* Benveniste, 1974: 23-24);¹¹ para el segundo, el signo es la unidad portadora de sentido, por lo que sólo interesa su valor de reconocimiento y, aún cuando el signo lingüístico admite ser desdoblado en sus dos constitutivos, permanece una unidad infranqueable en cuanto a su significación (*cf.* Benveniste, 1974: 67).¹²

Así, la distinción entre palabra y frase¹³ obedece al modo de constitución relativo a la caracterización de la lengua, pues la frase no es simplemente una suma de palabras —entendiendo por tal cosa el agregado de los sentidos que pudieran

⁹ *Cfr.* Aristóteles, *Poética*, Madrid, Gredos, 1974, 1457a 10-11.

¹⁰ Pierre Fontanier, por ejemplo, uno de los representantes importantes de la época, si bien otorga primacía a la idea como componente básico del pensamiento, termina por asignar un papel de relevancia a la palabra cuando la considera expresión oral del pensamiento (*cf.* Ricoeur, 1975: 68). Así, la traslación de palabras es considerada el único fundamento para los cambios de sentido que se producen con la metáfora, la que alcanza el rango de tropo por excelencia en todos los análisis de Retórica.

¹¹ Mientras la semántica “es absolutamente imprevisible [...], un abrirse al mundo [...], la semiótica es el sentido cerrado sobre sí mismo y contenido, en cierto modo, en sí mismo”. A su vez, el sentido semiótico se determina por unidad aislada (*cf.* Benveniste, 1974: 23 y 24).

¹² Según Ricoeur, la asociación entre monismo del signo y primado de la palabra se establece a partir del *Curso de lingüística general* de Saussure, donde las grandes dicotomías —significado/significante, sincronía/diacronía, formas/sustancia— se instituyen en favor de la palabra (*cf.* Ricoeur, 1975: 135).

¹³ Cabe destacar que una tradición semiótica distinta, como la que proviene de Charles Peirce, no vería en la distinción palabra/frase semejante brecha, pues acentuaría su continuidad en tanto se trata de tipos de signos distintos que se organizan en unidades superiores. Ricoeur, por el contrario, critica esta indistinción y muestra cómo la obra de Roman Jakobson, por ejemplo, depende de un criterio semiótico cuando utiliza conceptos peirceanos para reducir el aspecto semántico del lenguaje al fenómeno de sustitución (véase Ricoeur, 1975, estudio VI).

atribuírsele a cada término según su estado en el sistema lexical— sino, más bien, la integración de un sentido que está repartido sobre el conjunto de constituyentes: “Con la frase se sale del dominio de la lengua como sistema de signos y se penetra otro universo, el de la lengua como instrumento de comunicación, cuya expresión es el discurso” (Benveniste, 1966: 128), sostiene el lingüista, pues la frase, ante todo, se caracteriza por ser un predicado.

El interés por trazar esta distinción entre dos modos de tratar con el lenguaje, uno centrado en la lengua y el otro en el discurso, estriba en que con ella puede diseñarse una estrategia para la metáfora que no la confine al ámbito de la inmanencia lingüística y que, a la vez, permita ver en ella algo más que un simple recurso estilístico sustituible por la traducción.

LA TEORÍA SUSTITUTIVA

Habría que revisar, entonces, brevemente las consecuencias de la teoría sustitutiva, la cual defiende el reemplazo de lo metafórico por lo literal según un supuesto de equivalencia semántico. En líneas generales, sostiene que la metáfora¹⁴ consiste en la “sustitución de una palabra por otra apoyándose en el parecido o la analogía entre sus significaciones”.¹⁵ De allí que este enfoque acepte el criterio de traducibilidad, con la consiguiente pérdida de aporte informativo genuino atribuible a la metáfora. A su vez, una versión estandar de esta teoría se apoya en un enfoque comparativo para el cual “toda figura de dicción que entrañe un cambio semántico consiste en cierta transformación de un significado literal” (Black, 1962: 45). De este modo, se hace de toda expresión figurada una función algebraica que, producida por un emisor, debe ser reemplazada por una función inversa, a cargo del receptor, que restituya el significado original.¹⁶

Como se ve, y aun adelantándome a la presentación de resultados que serán desarrollados paulatinamente, la discusión acerca de la traducibilidad de la metáfora repercute directamente sobre las condiciones de posibilidad atribuidas al lenguaje,

¹⁴ Whately es el autor con el que Black, un crítico destacado, ejemplifica esta versión.

¹⁵ Richard Whately, *Elements of Rethoric*, citado por Max Black, 1962: 42.

¹⁶ Black se pregunta cuál sería entonces la función de la metáfora para esta perspectiva, y contesta: la analogía o la semejanza. Así, para este autor, el enfoque comparativo es un caso particular del enfoque sustitutivo, pues este último sostiene que el enunciado metafórico podría ser sustituido por una comparación literal que fuese equivalente.

considerado ya sea como medio o transporte o bien como ámbito de realización del sentido. Cabe observar que la tesis de la traducibilidad a expresiones equivalentes supone el reemplazo del lenguaje para los fines cognoscitivos, pues lo que se aspira alcanzar finalmente con la traducción a lenguajes formalizados, o de la supuesta mayor precisión del que el lenguaje figurado, es aquello que se vehicularizaría mediante él, llámense ideas o hechos, que aparecen así como lo único que merece ser conocido, es decir, lo que caracteriza al conocer, la aprehensión directa —no mediada— de lo dado a la conciencia. Esto supone eliminar el lenguaje como ámbito de realización del sentido en aras de obtener aquello para lo cual sirvió de instrumento. La no traducibilidad, en cambio, nos lleva a recuperar su espesor como constitutivo y, por ende, resulta no eliminable; es decir, nos lleva a prestar atención a lo que ocurre en el lenguaje mismo en tanto condición de posibilidad de realización del sentido. Ahora bien, la no *traducibilidad* no impide la *parafraseabilidad*, más bien la sugiere, pues de lo que se trata es de ver en el lenguaje el momento de apertura al mundo y, en ese sentido, la paráfrasis permanente es invitación al decir continuo e ininterrumpido del mundo por parte de un lenguaje que lo constituye y expresa. Así, la metáfora aparece como una condición del lenguaje, pues para interpretarla no basta reparar en aquello que transporta sino en cómo lo transporta o, mejor, en el transporte mismo como acto de realización del lenguaje que nombra y afirma. La metáfora no es traducible, pues lo que se perdería al traducirla es lo que se quiere afirmar mediante ella; en ese sentido, ésta significa lo que significa y no otra cosa, pues lo otro a lo que se quiera llegar mediante su reemplazo no es alcanzable sin ella, pues ocurre en sí misma. De este modo, la metáfora no se constituye como una modalidad del desvío sino más bien permite el *re-envío*, la transposición permanente que se da mediante paráfrasis continua. Y esto es tarea de la interpretación, que no pretende la sustitución hacia lo exterior del lenguaje sino la realización del sentido desde las condiciones mismas que él establece.

En síntesis, el enfoque comparativo, como caso particular del sustitutivo, requiere del lector simplemente la inversión de la función aplicada al enunciado literal para obtener uno metafórico. El supuesto de equivalencia supone el recurso al código como criterio de equiparación y la actividad del intérprete se reduce a la del decodificador. Para completar la crítica a este enfoque vale la pena atender al siguiente contrajemplo,¹⁷ pues muestra claramente su fallo: supongamos “el arroyo

¹⁷ El ejemplo pertenece a Samuel Levin.

sonrió”. *A priori*, esta frase puede ser construida con el concepto “arroyo” modificado o el concepto “sonrisa” modificado. En el primer caso, nos encontramos con una interpretación en la que el arroyo, provisto con ciertas características humanas, sonrió; en el segundo caso encontramos una interpretación en la que la sonrisa brilló (*glistened*) o relumbró (*sparkled*). Ahora bien:

En términos de comparación, podemos decir que en [el primer caso] el arroyo es comparado al concepto de sonrisa respecto a que sonreír es una actividad comúnmente realizada por seres humanos. En [el segundo] caso podemos decir que la actividad de sonreír es comparada al concepto de arroyo respecto a que éste último es un objeto líquido. En el (1) el resultado es una personificación del arroyo; en la (2) el resultado es una despersonificación de la sonrisa (Levin, 1979: 127).

Es decir, el ejemplo muestra que si la metáfora puede ser construida en ambos sentidos, entonces la comparación no tiene un rasgo constitutivo.

DE LA COMPARACIÓN A LA INTERACCIÓN

Una teoría alternativa de gran prestigio, y en la que incluso Ricoeur abrevia para extraer algunas de sus conclusiones sobre el alcance referencial de la metáfora, es la teoría de interacción, propuesta por Max Black. Cabe destacar que un antecedente notable de Black es I. A. Richards; ambos realizan aportes fundamentales, ante todo porque elaboran sus propuestas desde fuera de las preocupaciones típicas de la lingüística de la palabra al concentrarse directamente sobre el carácter de atribución que ocurre en la enunciación metafórica.

En especial, Richards es quien abre el juego para una visión renovadora de la metáfora. Su teoría contextual para entender el significado de las palabras no sólo prepara la renuncia a la identificación entre palabra e idea,¹⁸ sino que logra atacar la suposición de significados propios, como aquellos significados que le pertenecerían a las palabras y respecto de los cuales las metáforas constituirían uno de sus tipos de figuras sustituibles. En su concepción de retórica, la metáfora adquiere relevancia pues, de acuerdo a su enfoque contextual, si las palabras sólo tienen

¹⁸ Aunque no logra superar del todo un tratamiento de ideas, tal como se desprende al final de este párrafo.

significación por abreviación del contexto¹⁹ —el que a su vez es parte de un contexto más vasto—, entonces carecen de la estabilidad supuesta por asignación primigenia de significado y requieren de una atención al fenómeno de intercambio entre las posibles selecciones contextuales. Así, la pseudopropiedad de la significación de las palabras estaría respaldada sólo por una fijación según el uso, respecto del cual sus dos caras extremas estarían ejemplificadas con el uso técnico y el uso poético del lenguaje, respectivamente; siendo este último el que tendería a restituir “el juego de posibilidades interpretativas que reside en el todo de la enunciación” (Richards, 1936: 55). De este modo, su visión de la metáfora se edifica a partir de “la tesis de la interanimación de las palabras y de la enunciación viva” (Ricoeur, 1975: 103). La interanimación de las palabras muestra que si cada una de ellas es el sustituto de una combinación de aspectos contextuales, la metáfora mantiene en una sola significación simple dos partes faltantes diferentes de esta significación. Para especificar el tipo de intercambio que produce la metáfora, Richards propone la distinción entre *tenor* y *vehículo*, como sus componentes en interacción, para aludir con el primero a la idea subyacente y con el segundo a la idea bajo cuyo signo es aprehendido el primero; por ejemplo: “la vida es sueño”. Aquí, la idea de la vida, que constituye el tenor, es problemática y vaga, mientras que un sueño es algo de lo que, como del despertar, todo el mundo tiene recuerdo. “Por eso el sueño puede ser ofrecido como vehículo semántico de los posibles aspectos de la vida [...] sobre los que tratamos de llamar la atención” (Wheelwright, 1962: 74).

Respecto de estos resultados, la obra de Black logra mayor claridad, tanto por una mejor descripción de la estructura del enunciado metafórico como del funcionamiento de la interacción. Su propósito inicial consiste en responder a una serie de cuestiones relativas a lo que denomina una “gramática lógica” de la metáfora (*cf.* Black, 1962: 36), asunto que vale la pena destacar pues, como reconocerá el mismo autor después de afirmado este propósito —y aun después de clasificarla entre los términos pertenecientes a la semántica en vez de a los pertenecientes a la sintaxis o a los enunciados físicos del lenguaje—, “la metáfora pertenece más a la pragmática que a la semántica”²⁰ (Black, 1962: 41), dada

¹⁹ Por “contexto”, Richards entiende el “nombre de un haz de acontecimientos que vienen juntos, incluyendo las condiciones requeridas tanto como lo que podemos aislar como causa o como efecto” (Richards, 1936: 34).

²⁰ Debe quedar en claro que para este contexto, que alude a una distinción entre dimensiones sintáctica, semántica y pragmática del lenguaje —y que se adopta a partir de la obra de Morris—, el sentido de *semántica* no es el mismo el propuesto por Benveniste para oponerlo a *semiótica*.

la insuficiencia de las reglas del lenguaje para delimitar la interpretación de una expresión como metáfora. De allí que algunas discusiones vigentes sobre este tema, y ya aceptada la ocurrencia de la metáfora en el nivel de la frase, transcurren entre la pertinencia de su tratamiento en términos exclusivamente semánticos o el reemplazo del mismo por explicaciones de orden pragmático —o al menos su complementación por ellas—,²¹ por lo cual el aporte de Black bien podría ser visto como una transición hacia una visión complementaria de las distintas dimensiones del lenguaje.

Primero, en lo que atañe a su descripción de la estructura del enunciado metafórico, Black señala que para hablar de metáfora, en general, nos referimos a una oración u otra expresión “en que se usen metafóricamente algunas palabras, en tanto que las demás se empleen en forma no metafórica” (Black, 1962: 38).²² Esta relación entre ambas es de interacción, dado que la palabra que se utiliza con valor metafórico —el *foco*— depende del resto de la frase —*marco*—, para que ambas constituyan una metáfora; es decir, el mismo foco con un marco distinto podría dar una expresión no metafórica, depende de “sueño” para ser caracterizada como metáfora. De este modo, la interacción “se juega entre el sentido indiviso del enunciado y el sentido focalizado de la palabra” (Ricoeur, 1975: 111).

Segundo, en cuanto a su descripción del modo en que funciona la interacción, vemos que la misma surge de la importancia que el autor le asigna a lo que denomina “sistema de lugares comunes asociados” o “sistemas de tópicos” (Black, 1962: 50) que acompañan a las palabras, es decir, aparece otra vez el lugar de relevancia dado al contexto y a las connotaciones que el foco metafórico o toda la frase hacen nacer en la conciencia del lector. Black aclara que estos sistemas tópicos no necesariamente deben regirse por valores de verdad (puede aceptarse “la belleza como pez”, por ejemplo) pues alcanza con que “se evoquen presta y espontáneamente” (Black, 1962: 65). Al respecto cabe preguntarse si el recurso a estos sistemas tópicos no supone un fuerte proceso de convencionalización, lo que volvería a toda metáfora muy cercana a los usos literales. Black, seguramente, contestaría que los usos literales de la palabra se rigen por reglas semánticas y sintácticas cuya violación produce el absurdo o la contradicción, pero precisamente es de la

²¹ Una buena síntesis de estas discusiones, aunque algo forzada en la presentación de los ejemplos que contribuirían a adoptar unas versiones y criticar otras, aparece en M. Escandell Vidal, 1996, especialmente el capítulo titulado “La metáfora”.

²² Esta caracterización le permite distinguir a la metáfora del proverbio, la alegoría o el acertijo, expresiones en las que todos o la mayor parte de sus términos son usados metafóricamente.

tensión entre los procesos de convencionalización y su violación en una expresión dada que surge la necesidad de tratarla como metáfora. A esto se suma el hecho de que los usos literales de las palabras llevan al hablante a aceptar un conjunto de creencias acerca del significado de una palabra determinada que son posesión de una comunidad lingüística (*cf.* Black, 1962: 50). Así, la metáfora organiza nuestra visión de la realidad a modo de un filtro a través del cual se ve el asunto principal o, dicho de otro modo, que resulta proyectando sobre el campo del asunto subsidiario (*cf.* Black, 1962: 51) mediante la interacción con los sistemas tópicos relativos a sistemas de convencionalización de los significados, los que en definitiva permiten que una expresión aparezca como metafórica en una cultura determinada y no en otra.²³ Sin embargo, esta respuesta no resuelve el problema, pues, al contrario, refuerza nuestra impresión de que la interacción requiere de la convencionalización para lograr interpretar una expresión como metafórica más que de la invención. Es cierto que Black agrega: “las metáforas pueden apoyarse en un sistema de implicaciones construido especialmente lo mismo que en los tópicos aceptados” (Black, 1962: 53); sin embargo, con esto no se logra dar cuenta del poder atribuido a la metáfora de informar e iluminar, como pretende el mismo Black; es decir, de atribuirle poder cognoscitivo (*cf.* Ricoeur, 1974: 172). Por otra parte, el autor reconoce que el sistema de implicaciones asociado no permanece sin modificaciones pues “la naturaleza de la aplicación que se le pretenda dar ayuda a determinar el carácter del sistema que se vaya a aplicar” (Black, 1962: 53).²⁴ Pero entonces, pregunta Ricoeur: “la creación de sentido [...] se reparte sobre todo el enunciado metafórico y la analogía del filtro o la pantalla no significa gran cosa; la emergencia del sentido metafórico sigue siendo tan enigmática como antes” (Ricoeur, 1975: 115).

En “More about metaphor”, Black (1979) contesta a algunas de estas objeciones y a su vez presenta las propias a oposiciones como las de Ricoeur. A continuación, destacaré solamente algunos aspectos que muestran la bifurcación de intereses en ambos proyectos.²⁵

²³ Para la metáfora “el hombre es un lobo”, por ejemplo, habría interpretaciones opuestas a las que todos conocemos si una cultura le atribuyera al lobo un rasgo relacionado con los difuntos (*cf.* Black, 1962: 50).

²⁴ Es decir, “si bien llamar lobo a un hombre es colocarlo bajo una luz especial, no debemos olvidar que esta metáfora hace que el lobo nos parezca más humano de lo que ocurriría en otro caso” (Black, 1962: 53).

²⁵ Lo cual justifica, en mi opinión, la adopción primero y su reemplazo después, de estas características como la de *redescipción*, que Ricoeur toma de Black para atribuir a la metáfora en *Metáfora viva*.

En primer término, cabe destacar la toma de distancia, por parte de Black, tanto de las posiciones que denomina *appreciators* como de las *depreciators* respecto al lugar de la metáfora y su relación con el lenguaje; pues a las primeras —entre las que incluye a la de Ricoeur— les reprocha la excesiva importancia dada a las metáforas vivas, para lo cual recurren casi exclusivamente a ejemplos tomados de la poesía, mientras que las segundas insisten en el criterio de sustitución, abusando para ello de ejemplos triviales. Con los primeros, busca atribuirle a la metáfora un rango cognitivo, pero con los segundos desearía que, para alcanzar este propósito, se pueda prescindir de las supuestas metáforas profundas y así destacar menos el presunto papel creativo o vital de las mismas (Black, 1979: 20-21). Es más, elige prescindir explícitamente del concepto de metáfora poética para trabajar los aspectos cognitivos que en los más diversos ámbitos permiten lograr “intuiciones (*insight*) de cómo son las cosas” (Black, 1979: 21).²⁶ Por otra parte, Black critica en el artículo citado la distinción entre metáforas vivas y muertas, pues “las así llamadas metáforas muertas no lo serían del todo, sino más bien meras expresiones que ya no tienen un uso pregnante” (Black, 1979: 30).

Ahora bien, si se pregunta qué criterio se tiene en cuenta para el reconocimiento de metáforas y qué papel juega el receptor²⁷ de la misma en esa tarea, se advierte un desplazamiento de problemas desde la teoría de la sustitución hacia la de interacción de rasgos que ésta última no logra contemplar aun en esta versión revisada.

En la propuesta ofrecida por Richards del enfoque interactivo, la ampliación o cambio de significado se produce por las características comunes a los dos términos empleados como fundamento de la metáfora (*cf.* Richards, 1936: 117), “en cuanto que la palabra o expresión del caso tiene que connotar en su utilización metafórica sólo una *selección* de las características connotadas en sus usos literales” (Black,

²⁶ Respecto de la crítica de Ricoeur por el empleo del concepto de “sistema de lugares comunes asociados”, Black lo reemplaza por el de “implicaciones asociadas” (Black, 1979: 28) que la oración metafórica proyecta sobre el asunto primario. De cualquier forma, aclara que con la noción anterior aludía a que el tema secundario, al depender de un contexto de uso metafórico, determina una clase de lo que Aristóteles llamó *endoxa*, es decir, “aquellas opiniones corrientes compartidas por los miembros de una cierta comunidad de habla” (Black, 1979: 29).

²⁷ Coincido con Raúl Alcalá Campos cuando señala que el problema no tratado por Black es “si la pretensión es saber lo que alguien quiere decir, o más bien hallar las posibilidades de interpretación de lo que alguien dijo, con independencia de ese alguien; en tal caso, el peso recae sobre el intérprete y lo interpretado, y no sobre el autor” (Alcalá Campos, 1999: 35).

1962: 49), lo que muestra aún una fuerte dependencia de la significación literal.²⁸ A su vez, el enfoque interactivo de Black exige que el lector use sistemas de implicaciones como medio para seleccionar, acentuar y organizar las relaciones en un campo distinto, y así emplear el asunto subsidiario (*secundario* en la segunda versión) para dar cuenta del primario (*cf.* Black, 1962: 56). Esto le permite concluir que la pretensión de traducibilidad fracasa dada su imposibilidad de dar cuenta de aquello que se quiere significar mediante la metáfora: “la traducción literal dice demasiado y acentúa de modo indebido las cosas” (Black, 1962: 56), por lo cual pierde contenido informativo al nivelar y restar importancia al trabajo del intérprete.

Ahora bien, ¿hay en los análisis de Black algo que permita caracterizar mejor este papel del intérprete o, por el contrario, las referencias al mismo sólo cuentan a la hora de restringir la posibilidad de delimitar claramente criterios para el reconocimiento de metáforas? Dicho de otro modo, ¿las alusiones al intérprete juegan otro papel que el del recurso externo para dar cuenta de las dificultades en la aplicación de su criterio semántico?²⁹ En verdad prescinde por completo de una caracterización tal, pues cuando intenta responder a *¿cómo trabajan los enunciados metafóricos?* no da ninguna pauta que permita describir específicamente la tarea del receptor y deriva su propuesta hacia una concepción *proyectiva* de lo metafórico en correspondencia con criterios de isomorfismo estructural para los complejos de implicación, lo cual está más relacionada con el tema de los modelos.

Aún así, podría reprochárseme: ¿por qué pedirle a una teoría tratar lo que no tiene por objetivo tratar? Por una parte, porque su finalidad de recuperar el estatuto cognitivo de la metáfora no pareciera cumplirse del todo si queda restringido a un tratamiento semántico; por otra parte, no resulta suficiente declarar la laxitud de las reglas gramaticales para establecer las condiciones de interpretación de las

²⁸ Todo lo cual le sugiere a Black que Richards queda preso de viejos análisis sólo superados cuando destaca el papel del lector obligado a conectar dos ideas.

²⁹ En el quinto punto de la enunciación de las ventajas de su enfoque revisado, Black afirma: “en el contexto de una oración metafórica particular, los dos tópicos ‘interactúan’ del siguiente modo: a) la presencia del tópico primario incita al que escucha a seleccionar algunas de las propiedades de los tópicos secundarios; b) lo invita a construir complejos de implicaciones paralelos que puedan fijar el tópico primario; y c) lo induce recíprocamente a cambios paralelos en el tópico secundario” (Black, 1979: 29). A su vez, aclara que habla de “tópicos interactuando” en sentido figurado, pues de lo que se trata es de lo que se produce en las mentes del que habla y del que escucha: “pienso a la oración metafórica [...] como una acción verbal que demanda comprensión, es decir, una respuesta creativa de un lector competente” (Black, 1979: 29).

metáforas —como así tampoco alcanza con el socorrido recurso de las “circunstancias concretas” para reconocer e interpretar metáforas afirmado en su primer trabajo (*cf.* Black, 1962: 40)— para inferir de ello la pertinencia del tratamiento semántico. Como se vio, y ello me permitió considerar su obra como una suerte de *bisagra*, Black acuerda con un enfoque pragmático; sin embargo, estos tipos de enfoque no suponen el prescindir de reglas que prescriben los enfoques semánticos; es decir, los enfoques pragmáticos muestran que, para su interpretación, no alcanzan los principios de decodificación sino que debe recurrirse a principios más abarcantes.

DE LA SEMÁNTICA A LA PRAGMÁTICA

En este sentido, revisaré a continuación la crítica de Searle en “Methapor” como una de las mejores versiones de cuño pragmatista para evaluar las insuficiencias tanto de la versión sustitutiva como de la de interacción. Respecto de esta última, señala Searle que su vicio endémico es que no distingue entre el significado de una palabra u oración, que nunca es metafórico, y el significado preferencial, es decir, lo que un hablante significa al proferir palabras u oraciones (*cf.* Searle, 1979: 100); lo cual nos devuelve en otro contexto de preocupaciones teóricas a un tipo de planteamiento como el de Benveniste quien, como vimos, propone atender a la instancia del discurso para la realización del sentido. Según Searle, pareciera que la dificultad para distinguir entre el significado de la oración y el significado del hablante (*speaker*) lleva a sostener que en las emisiones (*utterances*) metafóricas hay un cambio de significado en al menos una expresión, cuando, hablando estrictamente, según el autor, “en la metáfora nunca hay un cambio de significado” (Searle, 1979: 100). Es decir, si bien pueden ocurrir cambios de significado siempre y cuando alteren de modo tal el léxico que se incorporen a la lengua —con lo cual dejan de aparecer entonces como metáforas *vivas*— no es este tipo de cambio al que se quiere aludir con el producido por la metáfora. El problema a explicar consiste, según él, en “como el significado del hablante y el significado de la oración son distintos y, sin embargo, están relacionados” (Searle, 1979: 100) y esto sería imposible de explicar si suponemos que en la emisión metafórica cambio el significado de la oración o de las palabras. Searle retrotrae el problema del significado de las metáforas al problema previo del significado de las expresiones literales, problema que, según el autor, parecieran dar por resuelto

aquellos que se dedican directamente a trabajar con el significado de las primeras (*cf.* Searle, 1979: 94). Es este sentido, la distinción entre significado de una oración y significado de la emisión por parte de un hablante pareciera indispensable para tratar con expresiones literales, pues el significado literal de las emisiones establece un tipo determinado de condiciones de verdad relativo a un contexto y la pregunta recae sobre cuál es el criterio que permite dar cuenta de esas condiciones de verdad. Según Searle, no bastarían los elementos gramaticales pues habría “un *background* de supuestos que no están explícitamente realizados en la estructura semántica de la oración” (Searle, 1979: 95); por lo cual en una emisión literal

[...] donde el significado del hablante coincide con el significado de la oración, el hablante debe contribuir más a la emisión literal que el contenido semántico, porque ese contenido semántico sólo determina una clase de condiciones de verdad relativas a una clase de supuestos hechos por el hablante, y si la comunicación es exitosa, sus supuestos deberían ser compartidos por él (Searle, 1979: 96 y 97).³⁰

Según este planteamiento, la diferencia entre emisión literal y metafórica consiste en que en esta última el significado del hablante difiere de lo que dice la afirmación, es decir, “una emisión metafórica es aquella en que un hablante emite una oración de la forma ‘S es P’ y significa metafóricamente ‘S es R’” (Searle, 1979: 98). Desde el punto de vista del receptor —que es el aspecto por el cual venimos preguntando en los autores anteriores— los requisitos para entender una metáfora no se satisfacen sólo con el conocimiento del lenguaje, de las condiciones de la emisión y de los presupuestos de fondo (*background assumptions*) compartidos con el emisor, pues “él debe contar con otros principios, o información factual o alguna combinación de principios e información que le permita figurárselo” (Searle, 1979: 99); y ese otro principio se resume en *traer a la mente* un tipo diferente

³⁰ A esto se agrega, como tercera condición para las emisiones literales, que la noción de similaridad juega un papel crucial para dar cuenta de la predicación literal, dado que el significado literal de un término general determina un criterio de similaridad entre objetos al determinar un tipo de condiciones de verdad. Searle la desarrolla en la página 103: “En muchos casos, la oración metafórica y la oración de similaridad correspondiente no pueden ser equivalentes en significado porque tienen diferentes condiciones de verdad, [...] la función de similaridad [es] una estrategia de la comprensión, no un componente del significado” (“In many cases the metaphorical statement and the corresponding similarity functions as a comprehensive strategy, not as a component of meaning”).

de significado y de condiciones de verdad desde los que están determinados por el significado literal.³¹

Respecto de la teoría de la interacción, Searle sostiene que uno de los supuestos erróneos en la visión de que el significado metafórico es resultado de la interacción entre una expresión usada metafóricamente y otra literalmente, es que todo uso metafórico debe ocurrir en oraciones que contienen usos literales de expresiones (*cfr.* Searle, 1979: 103). Esto afectaría tanto a la distinción terminológica entre *tenor* y *vehículo* de Richards como a la de *marco* y *foco* de Black, pues en una metáfora como “Sally es un témpano”, por ejemplo, podría aludir a Sally mediante otra metáfora y emitir algo así como “la mala noticia es un témpano” (Searle, 1979: 103). Mas aun, Searle objeta que, aun en el caso de que la ocurrencia metafórica estuviera dentro del contexto de ocurrencias literales, no se puede generalizar diciendo que el significado del emisor sea resultado de la interacción entre elementos de la oración, pues, si se vuelve al ejemplo anterior, se aprecia que no hay interacción alguna entre el *tema principal* (Sally) y el *tema subsidiario* (témpano), dado que “Sally” es un nombre propio y por tanto carece de significado; con lo cual se podría haber usado otra expresión para producir la misma predicación metafórica; por ejemplo: “La señorita Jones es un témpano”.

La conclusión de Searle, para la cual adopta una distinción fregeana, consiste en decir que, mientras la teoría de la comparación trata de explicar la metáfora como una relación de referencias, la teoría de la interacción lo hace mediante una relación entre sentidos y creencias asociadas con referencias. Y, si bien esta última acepta que tanto los procesos mentales como los semánticos involucrados en la comprensión de emisiones metafóricas no pueden involucrar referencias en sí mismos —pues se mantiene al nivel de la intencionalidad (creencias, significados, asociaciones y demás)—, sin embargo se equivoca al sostener que esta relación

³¹ Según Searle, la interpretación de metáforas se basa en la existencia de ciertos patrones de inferencia que funcionan regularmente. Así, distingue tres tipos de estrategias diferentes: 1) *de reconocimiento*: permiten determinar si hay que buscar o no una interpretación metafórica. Se trata de buscar anomalías no solo semánticas sino también, por ejemplo, de violación a los principios que regulan la conversación; 2) *de cálculo*: son para calcular los diferentes valores que se pueden asignar a la entidad con respecto a la cual dos elementos son semejantes. No tienen necesariamente que ser rasgos semánticos, puede tratarse de propiedades que atribuye nuestro conocimiento del mundo; 3) *de restricción*: para delimitar las posibilidades calculadas e identificar el factor concreto que sirve como fundamento de la metáfora. Pretenden acotar el número de valores posibles comparándolos con los que pueden resultar compatibles con los del término real.

es algo inexplicable en otros términos que no sean los metafóricos de “interacción” (Searle, 1979: 105).³²

Ahora bien, un examen de los ejemplos que propone Searle para revisar la teoría de Black muestra que, al igual que este último elige aquellos casos que pueden ser tratados como metáforas o, más bien, que deberían serlo si no deseamos evaluarlos como afirmaciones absurdas, por eso mismo, su ataque pareciera estar dirigido a debilitar la noción de interacción como insuficiente para tratar casos de emisiones metafóricas para las cuales ya disponemos de algún otro criterio que nos permite reconocerlas.³³

Sin embargo, tal vez la dificultad más seria de la teoría interactiva aparezca si intentamos aplicar cinco ventajas del enfoque de Black revisado a algún caso lo suficientemente pedestre como para que a simple vista no parezca un enunciado metafórico —por ejemplo, “algunas vacas son marrones”— pues sospechamos que no resultarán suficientes para reconocerla. Enumeremos las reglas y apliquémoslas al caso:

- 1) Una oración metafórica posee dos tópicos distintos, identificables como el tema primario y el secundario [...];
- 2) el tema secundario debe ser considerado como un sistema más que como una cosa individual [...];
- 3) la emisión metafórica trabaja proyectando sobre el tema primario una clase de implicaciones asociadas, comprendidas en el contexto implicativo, que son predicables del tema secundario [...];
- 4) el que construye una oración metafórica selecciona, enfatiza, suprime y organiza características del tema primario por aplicar a esa oración isomórfica los miembros del compuesto implicativo del tema secundario [...];
- 5) el en contexto de una oración metafórica particular, los dos temas interactúan del siguiente modo: a) la presencia del tema primario incita al oyente a seleccionar algunas de las propiedades del tema secundario, b) lo invita a

³² Al respecto, cabe considerar la objeción de Levin, quien reprocha a Searle su crítica por los casos de utilización de nombres propios y la carencia de significado para valorar la teoría de la interacción, pues si a su vez reconoce que la misma teoría parte de la atribución de creencias por parte del hablante, conocimiento factual y otras, nada impediría aplicar esas habilidades para dotar de significado a los nombres propios (Levin, 1979: 126-127). Otras dos observaciones críticas se relacionan con aspectos que según Searle son verdaderos en términos generales, pero que no se restringen al caso de las metáforas, dado que se aplicarían por igual a las emisiones literales: sostener que la similaridad es crucial para la metáfora y sostener que las emisiones metafóricas son dependientes del contexto para su interpretación.

³³ Su caracterización de *traer a la mente* y los siete pasos correspondientes para reconocer emisiones metafóricas constituiría su aporte. Para la representación de los siete pasos véase Searle, 1979: 116-121. Me abstengo de evaluarlos en este momento, pues me interesa más, bien, destacar el supuesto compartido por Black, como acabo de observar.

construir un compuesto paralelo que pueda convenir al tema primario y c) recíprocamente lo induce a cambios paralelos en el tema secundario (Black, 1979: 28).

Es claro que para cualquier afirmación en la que se predique de un sujeto cualesquiera alguna propiedad, se respeta el primer punto, otro tanto ocurre con los segundo y tercero, pues no habría otro modo de predicar “marrón” de las vacas si el predicado elegido no formara parte del sistema de los colores y a su vez si no se pudiera inferir de este último una serie de otras propiedades —extensión, superficie, gradación en intensidad, etcétera—, que muestren el criterio con el cual se ha decidido hablar de las vacas en términos de su coloración a diferencia de predicar de ellas, por ejemplo, el ser mamíferos o cuadrúpedos. Aparece aún más claro esto con el cuarto punto, pues no habría, en principio, dificultad para utilizar la metáfora de *proyección* aplicada a las relaciones entre sujeto y predicado en un enunciado literal, dado que el efecto de la predicación consistiría siempre en seleccionar, enfatizar, suprimir y organizar el sujeto según las características elegidas en la predicación. Pareciera haber alguna característica distintiva de lo metafórico en el punto quinto y, sin embargo, la descripción de la interacción que presenta Black satisface también los criterios de interacción para un enunciado literal, pues es fácil mostrar —para seguir con mi ejemplo— que si escucho “vaca” como tema primario debo seleccionar de “marrón” sólo aquello que sea pertinente predicar de la primera y dejar de lado aquellas características impropias, de modo tal que lo predicado, a su vez, me permita ajustar mejor el tema primario. Por otra parte, puede esperarse que también se produzcan cambios en el tema secundario toda vez que la predicación de un tema primario repercute en el rango de caracterización y, por ende, es modificable o permite ampliaciones en el tema secundario también. Por otra parte, y perdóneseme la rotundez del ejemplo, ¿habría criterios para despejar el significado ya sea *literal* o bien *metafórico* de una expresión como “¡qué sabrosa pierna!” prescindiendo de una situación de emisión dada? Aún más, ¿habría modo alguno de despejarlo incluso ante una situación determinada en la que un individuo cualquiera sentado a la mesa viera pasar a una muchacha de hermosas piernas en el mismo momento en que el mesero le sirve una exquisita pierna de cordero?

Pareciera desprenderse de este examen que Black no suministra un criterio para el reconocimiento de enunciaciones metafóricas, sino más bien que su exposición obra como una apología de sus virtudes; lo cual no resultaría un defecto en sí mismo si se dispusiera de algún criterio anterior para luego, ya en posesión

de él, aprovechar las posibilidades cognitivas del uso metafórico descritas por el autor. Sin embargo, es claro que la postulación de esas virtudes es deudora de un criterio que nos permite dirimir entre significados literales o metafóricos de una expresión dada, pues de lo contrario no habría modo de sostener la no traducibilidad de las metáforas y, por ende, no habría modo de sostener el rango cognitivo insustituible que le atribuye el autor.

En relación con esto último, considero también insuficiente la solución de Searle, pues exige la aceptación de supuestos como el de traducibilidad completa y el de la dependencia de las condiciones de verdad de las emisiones metafóricas respecto de las condiciones de verdad de las emisiones literales. Para lo primero, Searle sostiene que, a pesar de reconocer la inadecuación de los intentos de traducción, esta consiste en una relación simétrica, por lo cual “decir que una traducción es una pobre traducción de la metáfora es también decir que la metáfora es una pobre traducción de sus traducciones” (Searle, 1979: 97-98).

Si bien esto pareciera aludir a un proceso circular de mutua dependencia, se sostiene en un principio de simetría que liquida la posibilidad de postular un *plus* de significado o al menos de un significado distinto de lo metafórico. Como ya señalé, precisamente esto último resulta objetado por Searle al distinguir entre el significado de la oración y el significado del hablante en una expresión. Sin embargo, esto ni siquiera vuelve simétrica la relación entre lo traducido y lo metafórico. Por otra parte, es curioso que a continuación de proponer que la forma de las emisiones metafóricas consiste en “un hablante emitiendo una oración de la forma ‘*S* es *P*’ y significar metafóricamente que ‘*S* es *R*’” (Searle, 1979: 98), enuncie ejemplos de metáfora y su enunciado literal correspondiente (como por ejemplo, para el enunciado metafórico “Sally es un tímpano” le corresponde la paráfrasis “Sally es una persona extremadamente insensible”), cuando, precisamente, lo que se trata de mostrar es la posibilidad de establecer un vínculo entre *S*, *P* y *R*, para lo cual no podríamos partir de la asignación de un significado para *R* y querer develar con ello cómo se da la relación con *P*. Seguramente esto se explica en la teoría de Searle si se tiene en cuenta el segundo supuesto señalado anteriormente, pues en la base de la relación de simetría propuesta aparece que “en cada caso la afirmación metafórica del hablante será verdadera sí y sólo si, la afirmación correspondiente usada en la traducción es verdadera” (Searle, 1979: 97), lo cual termina de disolver el círculo de intercambios. Sin embargo, sí, como hemos observado, es siempre difícil establecer cuándo la traducción es satisfactoria, no es posible esperar de ella el establecimiento de las condiciones de verdad que volverían verdadero al enunciado metafórico.

En síntesis, el proyecto de Black adolece de un criterio insuficiente para reconocer enunciados metafóricos pero intenta dar cuenta de su virtud cognitiva, aunque sin poder precisar la modalidad de lo que Ricoeur llama la emergencia del sentido metafórico y la creación de sentido que le sería inherente. Searle contribuye al reconocimiento de algunos de los supuestos que le impedirían a Black alcanzar esos objetivos, pero a su vez su teoría nos compromete con criterios que se proponen disolver el problema antes que explicarlo; para lo cual haría falta una teoría que recoja las exigencias del significado emergente en el uso metafórico del lenguaje. Por otra parte, ambos, con objetivos distintos, afirman la no necesidad de un tratamiento especial para las metáforas vivas. Es así porque Black propone que, si tal fuera el caso, habría que proponer distinciones más finas que en definitiva volverían inútil la caracterización (*cfr.* Black, 1979: 26) y, en el caso de Searle, porque desde una teoría restringida del uso entiende por el contrario que “las metáforas muertas están vivas. Se han vuelto muertas por un uso continuo, pero ese uso continuo es una clave que satisfacen algunas necesidades semánticas” (Searle, 1979: 98); es decir, que elabora una teoría de las metáforas según el uso para dar cuenta de necesidades semánticas, pero no necesariamente para responde a la emergencia de significaciones nuevas, sino tal vez sólo para dar cuenta de metáforas convertidas en catacrexis de los vacíos del léxico. ¿No estamos bastante cerca aún de una concepción de la metáfora como recurso instrumental para llenar lagunas de expresión, en el caso de Searle? O, al menos, ¿no estamos bastante lejos de afrontar el problema del tipo y especificidad que nos pueda suministrar el lenguaje metafórico, en el caso de Black?

¿METÁFORA MUERTA O METÁFORA VIVA?

Al respecto, la posición de Ricoeur es clara y, de algún modo, a contrapelo de muchas de las versiones vigentes pues, en “Metaphor and the central problem of hermeneutics”, afirma que “cuando el efecto significativo que llamamos metáfora ha incorporado el cambio de significado que aumenta la polisemia, la metáfora ya no está viva sino muerta. Sólo las metáforas vivas son auténticas, pues son al mismo tiempo ‘evento’ y ‘significado’” (Ricoeur, 1974: 170);³⁴ es decir, la metáfora

³⁴ También en su respuesta a Mary Gerhart afirma: “a diferencia de Nietzsche, Heidegger y Derrida, no tengo interés en la influencia de las metáforas muertas, meras excrecencias del lenguaje ordinario sobre

como hecho abre el juego de lo que ya se ha consolidado en el léxico, el que a su vez en su génesis fue creación de un orden nuevo. Pero no es en tanto fenómeno de consolidación por apropiación del lenguaje sino, más bien, por su carácter de evento innovador, que importa recuperar su significado. De ahí que no sea de interés para este autor el fenómeno de la catacrexis ni el de la metáfora muerta.

En verdad no sólo habría que distinguir metáforas vivas de muertas, sino también estas últimas de las catacrexis. Las metáforas muertas, aun adoptadas por el léxico, mantendrían su estatuto, es decir, no dejarían de ser reconocidas como tales y de ese modo se podría hacer una recopilación, por ejemplo, de las metáforas utilizadas por un autor (“la caña pensante” de Pascal); las catacrexis, en cambio, en tanto suponen el traslado de un nombre atribuido a determinado asunto a otro aspecto del cual la lengua no cuenta con un nombre asignado (“la pata de la mesa” o “el pico de la botella”, por ejemplo), no suponen el reconocimiento del rango de la metáfora.

EL REDUCCIONISMO EN UNA TEORÍA DE LA METÁFORA OMNICOMPENSIVA

Así, un proyecto tan sorprendente por sus pretensiones omniabarcadoras como el de Lakoff y Johnson —que a continuación examinaré— pareciera mostrar cuán insuficiente resulta extender el rango del lenguaje metafórico hasta nivelarlo con el literal. No es casual —aunque sí coherente— que también ellos desechen un tratamiento especial para las metáforas vivas. Sostienen, a diferencia de lo que hemos afirmado hace un momento, que los ejemplos que caracterizamos de catacrexis (“el pie de la montaña”) son los únicos que merecerían ser llamados metáforas muertas, en tanto “no interactúan con otras metáforas, no tienen ya un papel interesante en nuestro sistema conceptual” (Lakoff y Johnson, 1980: 55); en cambio, aquellas otras que, aunque lexicalizadas aluden a “conceptos metafóricos que estructuran nuestras acciones y pensamiento”(Lakoff y Johnson, 1980: 55) están vivas en el sentido de que son metáforas mediante las cuales vivimos.

el lenguaje filosófico, sino en la instrucción que realizan en el discurso filosófico las metáforas vivas, las de los poetas. De este modo es que se establece la relación entre filosofía y poesía” (“unlike Nietzsche, Heidegger and Derrida, I have not shown an interest in the influence of dead metaphors, become mere excrescences of ordinary language, on philosophical discourse, but in the instruction of philosophical discourses by living metaphors, those of the poets. In this way the problem of the relation between philosophy and poetry is posed”) (Hahn, 1995: 233).

Frente a concepciones tradicionales como las mencionadas antes, para las cuales la metáfora es sólo un rasgo del lenguaje y, por ende, resultan prescindibles a efectos de conocer, Lakoff y Johnson sostienen que las metáforas impregnan nuestra vida cotidiana en tanto nuestro sistema conceptual, que estructura el campo perceptivo tanto en lo relativo a nuestros movimientos en el mundo como en el modo en que nos relacionamos con otras personas, es de naturaleza metafórica. Según los autores, lo propio de la metáfora es que nos permite entender y experimentar un tipo de cosas en términos de otra. Por ejemplo, la metáfora de la discusión en términos de batalla muestra que no sólo entendemos las discusiones de ese modo sino que también actuamos en consecuencia (*cf.* Lakoff y Johnson, 1980: 6).

Por otra parte, las metáforas constitutivas de nuestros sistemas conceptuales se establecen mediante relaciones sistemáticas que permiten comprender un concepto mediante otro y, a la vez, ocultar aspectos de uno mediante el otro;³⁵ todo lo cual apunta a describir un proceso de estructuración parcial de los conceptos mediante metáforas. Los autores distinguen entre metáforas estructurales, es decir, aquellos casos en que, como acabo de decir, un concepto está estructurado en términos de otro; y metáforas orientacionales, es decir, aquellos casos en que un concepto organiza el sistema global de conceptos en relación con otro. Lo peculiar de estas últimas es que no son arbitrarias pues “tienen una base en nuestra experiencia física y cultural” (Lakoff y Johnson, 1980: 14); se trata de orientaciones espaciales que surgen del hecho de poseer cuerpos y funcionar en un medio físico. Ahora bien, esta descripción, que apunta a establecer “la base experimental de las metáforas” (Lakoff y Johnson, 1980: 19), y para lo cual se tiene en cuenta la dificultad que existe a la hora de distinguir las bases físicas de las culturales para dar cuenta de una metáfora dada,³⁶ se resuelve en una formulación reduccionista. Esta idea la revisaré en detalle a continuación.

Ante la pregunta ¿cómo está fundamentado nuestro sistema conceptual? y, más específicamente, ante la interrogante por la constitución de algún tipo de

³⁵ Los autores aplican “la metáfora del canal”, propuesta por Michael Reddy (1979: 284-325), para mostrar que nuestro lenguaje está estructurado de un modo general mediante la siguiente metáfora compleja: “Las ideas (o significados) son objetos. Las expresiones lingüísticas son contenedores y la comunicación funciona de modo tal que el hablante pone ideas (objetos) en palabras (contenedores) y las envía (a través de un conducto) que toma la idea/objeto fuera de la palabra/contenedor” (Lakoff y Johnson, 1980: 10).

³⁶ “Es difícil distinguir las bases físicas de las culturales en una metáfora, ya que la elección de una base física entre otras muchas posibles tiene que ver con la coherencia cultural” (“It is hard to distinguish the physical from the cultural basis of a metaphor, since the choice of one physical basis from among many possible ones has to do with cultural coherence”) (Lakoff y Johnson, 1980: 19).

concepto que sea entendido sin el recurso a la metáfora, los autores aceptan, en principio, que:

[...] aquello que podemos llamar experiencia física directa no es un mero hecho de tener cierta clase de cuerpo. Podría ser más correcto decir que toda experiencia es cultural hasta las raíces, que experimentamos nuestro mundo de modo tal que nuestra cultura ya está presente en la misma experiencia (Lakoff y Johnson, 1980: 58).

Más curioso aún resulta advertir el carácter determinante, aunque de modo sutil, del primer miembro del par, aquél que permitiría a los autores hablar de metáforas y conceptos emergentes:

Dado que ya correlaciones sistemáticas entre nuestras emociones (como la felicidad) y nuestra experiencia sensorio-motora (como la postura erecta), estas forman la base de conceptos orientacionales metafóricos (tal como la felicidad está arriba). Tales metáforas nos permiten conceptualizar nuestras emociones en términos más claramente definidos y relacionarlos a otros conceptos que tienen que ver con el bienestar en general: Salud, vida, control, etcétera (Lakoff y Johnson, 1980: 58).

Esta descripción es bastante sorprendente, pues, a la vez, los autores se esfuerzan por dejar claro que no proponen considerar a la experiencia física como más básica que cualquier otra. Sin embargo, sí consideran fundamental distinguir entre la experiencia como tal y la forma en que la conceptualizamos, para, a continuación, afirmar que “conceptualizamos típicamente lo no físico en términos de lo físico, esto es, conceptualizamos lo menos claramente delineado en términos de lo más claramente delineado” (Lakoff y Johnson, 1980: 59); lo cual resulta aún más difícil de justificar que la ya de por sí sospechable base en la experiencia física. Es suficiente, para el caso mencionar la crítica de Alfred Schutz a las concepciones reduccionistas al plano de lo empírico³⁷ en la formación de los conceptos y su contrapropuesta de invertir el criterio de constitución de los mismos a partir del reconocimiento de la asignación previa de sentido dada por las construcciones de primer grado del

³⁷ La crítica a la que aludo está dirigido explícitamente a la posición de Thomas Nagel y Carl Hempel (*cf.*: Alfred Schütz, *El problema de la realidad social*, Buenos Aires, Amorrortu, 1995, especialmente el segundo capítulo de la primera parte: “Formación de conceptos y teorías en las ciencias sociales”).

sentido común, para señalar, al menos, la fuerte carga de pre-supuestos en una afirmación que —como acabo de mencionar— pretende ser neutralmente descriptiva de un estado de cosas fácticas.

En un capítulo anterior al que estoy comentando, dedicado a las metáforas ontológicas, se puede observar alguna de las dificultades para este proyecto basado en una supuesta conceptualización precedente *más claramente delineada*. Allí sostienen que las metáforas ontológicas proporcionan una base adicional para la comprensión de los términos orientacionales:

Nuestra experiencia de objetos y sustancias provee de una base para el entendimiento —que va más allá de la mera orientación—. Entender nuestra experiencia en términos de objetos y sustancias nos permite identificar parte de nuestra experiencia y tratarla como entidades discretas o sustancias de una clase uniforme. Una vez que podemos identificar nuestra experiencia como identidades o sustancias, podemos referirnos a ellas, categorizarlas, agruparlas, cuantificarlas y, por este medio, razonar acerca de ellas (Lakoff y Johnson, 1980: 25).

Ahora bien, si de lo que se trata es de atribuir una función complementaria a una cierta experiencia de objetos físicos y de sustancias que proporcionaría una base adicional para la comprensión de la mera orientación, como parecen afirmar, no queda en claro por qué finalmente la última tiene un rango de precedencia. Es cierto que, en términos kantianos, *primero en el orden del tiempo* no es *primero en el orden de los fundamentos*, por lo cual cabe la posibilidad de que los autores estén pensando en la precedencia temporal y, de este modo, no pretendan atribuirle un rango de fundamentación. Sin embargo, como revisé en referencia a su capítulo sobre la fundamentación del sistema conceptual, sostienen que nuestras experiencias sensoriales-motoras constituyen la base de los conceptos metafóricos orientacionales, los que, a su vez, se correlacionan sistemáticamente con nuestras emociones, dando lugar así a metáforas emergentes.

De todos modos, se fije la precedencia donde fuere, la dificultad mayor en este proyecto tal vez reside en atribuir a los conceptos metafóricos algo que no pareciera ser exclusivamente suyo, a menos que sostengamos la omnipresencia de la metáfora. Quiero decir, ¿por qué llamar metáfora ontológica a la conceptualización en términos de objetos y sustancias; y por qué la función de *referirse a* pretende ser atribuida a la metáfora y no a todo el lenguaje en general? Por otra parte, del hecho de conceder precedencia al concepto para la estructuración de la experiencia no se sigue que aquél sea de índole metafórico, o al menos no sólo de esa índole.

Sospecho que estas dificultades afectan a toda la comprensión de la propuesta de los autores, pues si la metáfora, como afirman, consiste en entender una cosa por otra: 1) no se ve que dicho proceso ocurra con una extensión tal de lo metafórico como la que sostienen, pues no se advierte que es lo que se dice de otro modo; es decir, si la metáfora resultara ser constitutiva de los sistemas conceptuales no se lograría ya reconocer diferencia alguna con el concepto y, por ende se elimina su especificidad; y 2) en verdad el uso del lenguaje siempre consiste en entender una cosa por otra, pues ¿qué otra posibilidad cabe si lo que se desea es aplicar el lenguaje a algo de índole extralingüística y estas son dos realidades distintas?

Vale insistir en la omnipresencia de los dos elementos que entran en juego a la hora de constituir nuestro sistema conceptual, según Lakoff y Johnson, para advertir la retroalimentación de ambos con base en un reduccionismo: “hay conceptos directamente emergentes (como arriba-abajo, dentro-fuera, objeto, sustancia, etcétera) y conceptos emergentes basados en nuestra experiencia (como ‘el campo visual es un contenedor’, ‘una actividad es un contenedor’, etcétera)” (Lakoff y Johnson, 1980: 69); pues los autores destacan que de esto no se concluye en el establecimiento de una diferencia entre conceptos directamente emergentes y conceptos metafóricos emergentes, “más bien parece tener un núcleo directamente emergente que es elaborado metafóricamente” (Lakoff y Johnson, 1980: 69). Ahora bien, como se vio, ese núcleo directamente emergente consiste siempre en un concepto *más claramente delineado* y responde a una experiencia física. Hasta tal punto que con ese criterio revisan los autores la insuficiencia de lo que denominan “punto de vista abstraccionista” en la constitución de los conceptos y llegan a afirmar que “la visión abstraccionista [...] no puede explicar la tendencia a entender lo menos concreto en términos de lo más concreto” (Lakoff y Johnson, 1980: 109). ¿Hará falta recordar las descripciones hegelianas sobre los conceptos de espacio y tiempo para descubrir que aquellos términos que parecieran más concretos como *aquí* y *ahora* resultan ser los más abstractos?³⁸ No, si de lo que se trata, como única finalidad instrumental para manejar las metáforas, se reduce a entender conceptos abstractos o no bien delineados (emociones, ideas, tiempo, etcétera) mediante otros conceptos más claros (orientación espacial, objetos, entre otros) (*cfr.* Lakoff y Johnson, 1980: 115).

³⁸ *Cfr.* Georg W. F. Hegel, *Fenomenología del espíritu*, México, Fondo de Cultura Económica, 1966, especialmente el capítulo “La certeza sensible o el ‘esto’ y la suposición”.

Y es la asignación de esta única finalidad la que les impide otorgar a un proceso específico, que en términos de Ricoeur supondría innovación semántica y un trato imaginativo con el lenguaje y la experiencia del mundo, otra función que la de constituir “diferentes subespecies de metáfora imaginativa (o no literal) [que] se mantiene por fuera de la parte usada de conceptos metafóricos que estructuran nuestro sistema conceptual normal” (Lakoff y Johnson, 1980: 53). Esto se observa claramente cuando explican el hecho de que la estructuración metafórica es parcial. Es decir, si se toma como ejemplo la metáfora “las teorías son edificios”, hay en ella una parte utilizada (cimiento y armazón exterior) y una parte no utilizada (habitaciones, escaleras). Si se pregunta qué ocurre con las expresiones lingüísticas que reflejan la parte de la metáfora no utilizada —por ejemplo, “su teoría tiene miles de habitaciones y largos, tortuosos pasillos”— veríamos que tanto una expresión literal —“ha construido una teoría”— como una expresión imaginativa —“su teoría está cubierta de gárgolas”— pueden ser casos de la misma metáfora general —“las teorías son edificios”— (cfr. Lakoff y Johnson, 1980: 53); con lo cual queda seriamente acotada la posibilidad del campo visual de innovación semántica y experiencial a formar parte de un mero desplazamiento desde su génesis en una única fuente lexicalizada cuya base es la *empirie*.

LA METÁFORA DESDE LA HERMENÉUTICA

Como se aprecia, la caracterización de la metáfora es solidaria de una posición respecto al papel del lenguaje y su relación con el mundo. Pues bien, se podría oponer a esta descripción una consideración de la metáfora que vea en ella el síntoma de una lengua dada, una experiencia de más vasto alcance, como es la de hallarnos en una pluralidad de léxicos con frecuencia mutuamente incomprensibles. Caben para el caso las sugerentes observaciones de George Steiner, quien ve en esa experiencia del lenguaje una necesidad fundamental en el discurso humano que excede las pretensiones de informar sobre estados de cosas verificables empíricamente.³⁹ Ahora bien, este exceso, que se plasma lingüísticamente desde

³⁹ La proliferación de lenguas mutuamente incomprensibles nace, a juicio de Steiner, de un impulso del lenguaje fundamental, pues la comunicación de la información de los hechos verificables es sólo una parte de los hechos del discurso. El habla tiene como características profundas: potencialidad de artificio, antiobjetividad, indeterminable futuridad. Esto permite que las relaciones de la conciencia con la realidad

la modalidad virtual de la potencialidad infinita en el establecimiento de relaciones y remisiones múltiples, se realiza, en el sentido de concretarse como experiencia del mundo, mediante interpretación, esto es, a mi juicio, como una síntesis de momentos previos que apuntan a una estabilización de nuestros datos con él. Pero este momento de realización del sentido que comporta la recepción responde a un acontecimiento del discurso que supone creatividad y para lo cual la metáfora resulta una de las experiencias que mejor da cuenta de esa productividad.

Por otra parte, cabe preguntarse si hay alguna relación entre el desdén por considerar la especificidad de la metáfora viva y la insuficiencia de teorías como las descritas para dar cuenta del significado emergente por parte de un intérprete. En principio, pareciera que cualquier teoría que no pretenda un tratamiento específico de metáforas vivas favorece una concepción del lenguaje no reductible a significados literales, en tanto sugiere cierta preponderancia de lo metafórico en la constitución de términos o expresiones que la lengua termina por adoptar. Y en este sentido, la importancia excluyente dada por Ricoeur a las metáforas vivas no tendría mayor asidero. Sin embargo, pareciera que es a raíz de la indiferencia a la consideración seria de la importancia de estas últimas —indiferencia por indistinción— que no se llega a reconocer el papel creativo específico de la metáfora en el lenguaje. Es claro, al menos, que la indistinción de tipos de discursos conlleva a la pérdida de atribución de significado a la metáfora, cuestión que paradójicamente es lo que se creería salvar con ese criterio. A la vez, quedaría por revisar si esto no repercute también en la imposibilidad de distinguir entre tipos de conocimiento, por ejemplo entre el propio de la poesía y el de la ciencia; o, como señala Mario Presas con mayor precisión, entre saber y conocer (Presas, 1997: 7). Por otra parte, la descripción que se realiza pretendiendo destacar el papel omnipresente de la metáfora en la constitución del lenguaje resulta una verdad trivial, pues de lo que se estaría hablando más bien es del carácter obviamente indirecto del lenguaje para referirse a lo extralingüístico. Poco importa destacar la raíz metafórica de todo lenguaje si con ello sólo quiere aludirse a la imposibilidad de una significación propia, en el sentido de una ligazón de tipo natural entre lenguaje y mundo. ¿Qué otra cosa quiere decirse con la definición de Lakoff y Johnson: *la esencia de la metáfora es entender y experimentar un tipo de cosa en términos de otra?*

sean creativas. A su vez, esto muestra que el lenguaje es el instrumento gracias al cual el hombre se niega a aceptar el mundo tal y como es, dado que por medio del lenguaje construimos el mundo de la alternatividad. Cfr. Steiner, 1992: 482.

Tal vez la metáfora muestre, por el contrario, la tensión irresuelta entre lo arbitrario y lo convencional en la constitución de los campos semánticos, pues de lo que se trata al interpretarlas, es decir, la condición que posibilita su reconocimiento desde el punto de vista de la alteración del léxico, consiste en la exploración de las más diversas posibilidades de combinatoria y ensanchamiento de los significados primarios atribuidos por la lengua a un término dado. Posibilidades que no pueden ser todas o, mejor dicho, que no pueden ser cualesquiera si pretendemos tratar con una expresión como metafórica y superar con ello la experiencia simple de absurdo o contradicción. No hay metáfora en el diccionario, sostiene una y otra vez Ricoeur, pero tampoco la hay si no se logra atribuir a una expresión dada un sentido que no se reduzca a la impresión de superficie. La defensa del carácter abarcador de la metáfora que subyace a la distinción, al contrario, pareciera más bien apuntar a su disolución, en tanto desaparecería con ella también el sistema del lenguaje literal que sostiene, como su contraparte, la emergencia de las expresiones metafóricas. Dicho de otro modo, no habría metáfora —o al menos no habría modo de reconocerla— allí donde se postula que todo lenguaje es metafórico.⁴⁰

Ricoeur sostiene que la metáfora nos permite observar las cosas de modo nuevo y creativo, pero para saber que estamos en presencia de ella debemos suponer una relación de interacción con un sistema de lengua lexicalizada —momento que podemos denominar *explicativo*— y también un acto de comprensión por parte del intérprete. El receptor descubre, al escucharla, un nuevo modo de ver el mundo, entonces tiene en eso un valor cognitivo para *nosotros*, los que la oímos (leemos, etcétera). Ahora bien, el modo en que se relaciona expresión y contenido es inusual, pues se parte de la recepción de una impertinencia semántica, de una experiencia de absurdo que debe superarse.

De este modo, la actividad metafórica exige una revisión de todo lenguaje en su relación referencial con el mundo, pues si lo que se recibe de una metáfora es, en principio, algo absurdo o una contradicción manifiesta, o un desvío del lenguaje, esto obliga a completar la recepción con criterios que suponen valores epistémicos como el atributo de racionalidad al emisor, si es que esperamos de su acto de

⁴⁰ Al respecto, Thomas Kuhn sostiene: “I can not imagine a theory of figurative use —a theory, for example, of metaphor and other tropes— that did not presuppose a theory of literal meanings. Nor, to turn from the theory to practice, can I imagine how words could be employed effectively in tropes like metaphor except within a community whose members have previously assimilated their literal use [...], the literal and the figurative uses of terms are alike in their dependence on preestablished associations between words” (Kuhn, 1990: 301).

comunicación la pretensión de verdad. Es decir, si no logro mediante interpretación superar el estado de absurdidad manifiesta, es obvio que no puedo establecer una relación referencial⁴¹ para el enunciado metafórico y, menos aún, atribuirle poder cognitivo propio. De allí que haya que pensar a qué responde la actividad metafórica en los momentos privilegiados de generación de metáforas vivas, pues con ellas el lenguaje muestra su potencia creadora de significados nuevos mediante el establecimiento de relaciones nuevas entre los campos semánticos. Sin embargo, para que esta vitalidad del lenguaje se muestre en la actividad metafórica como un modo posible de trato con el mundo, debe ser reorientada a los fines del conocimiento. Así, no es la creatividad *per se* del lenguaje como fenómeno inmanente lo que interesa rescatar, sino que en tanto creatividad permita establecer nuevos lazos con los estados de cosas que se quieren describir o afirmar mediante ellas. En este sentido, la metáfora viva no lo es solo porque vivifica un lenguaje constituido, sino, sobre todo, porque provoca la necesidad de pensar más a nivel del lenguaje y su mutua potencialidad para captar lo real, pues mientras la metáfora aporta al lenguaje un mundo preobjetivo en el que proyectamos nuestras posibilidades más propias, el concepto permite su articulación mediante procedimientos explicativos.

De allí que el problema no sea decidir si se trata de un fenómeno parafraseable o no, sino más bien lo qué voy a parafrasear (y con qué pretensiones), pues paráfrasis —entendida como traslado de un lenguaje de mayor riqueza o complejidad a otro con pretensiones de mayor precisión o claridad— no supone necesariamente traslado a un concepto que economice, dado que la metáfora resulta económica por condensación y requiere inevitablemente de explicación para tratar con ella —lo cual supondría más bien traslado por simplificación—. Es cierto que esto sugiere un problema adicional a los que vengo tratando hasta ahora y es el de la

⁴¹ No se puede ignorar el espinoso problema de la atribución de referencialidad al discurso metafórico, a pesar de —o precisamente debido a— la introducción de una *referencia desdoblada* que opera sobre las ruinas de la referencia literal; tal es el caso de las descripciones de nuestro autor. La dificultad alcanza tal envergadura que ha producido incluso una revisión crítica de la que resultó un desplazamiento semántico en la terminología empleada por Ricoeur a la hora de analizar estos procesos en sus distintas obras; así, transcurre desde la atribución de referencialidad a la de redesccripción y culmina con la de refiguración, lo cual implica una variación significativa en los presupuestos que le permiten afirmar una relación entre metáfora y mundo (por ejemplo, el de destacar en *Tiempo y narración III* el papel del lector en la constitución del sentido). Todo esto merece un análisis pormenorizado que será volcado en un trabajo posterior. No obstante, hay un *núcleo duro* a defender que permea estas variaciones y se resume con la siguiente fórmula de nuestro autor para definir *discurso*: “alguién dice algo a alguien sobre algo según reglas (fonéticas, léxicas, sintácticas, estilísticas)” (Ricoeur, en Hahn, 1995: 22).

paráfrasis continua, el del traslado ininterrumpido e indetenible dado el carácter virtual de remisiones múltiples que he intentado defender. La respuesta de Ricoeur es clara:

[...] sólo las metáforas de sustitución son susceptibles de ser objeto de una traducción que restauraría la significación literal. Las metáforas de tensión no son traducibles porque ellas crean su sentido. Esto no quiere decir que no puedan ser parafraseadas, sino tan sólo que tal paráfrasis es infinita e incapaz de agotar el sentido innovador (Ricoeur, 1976: 65).

Destaco la distinción entre traducción y paráfrasis, pues con ella se puede trazar un paralelo con la distinción entre explicar e interpretar y ver, a partir de esa correspondencia, que el problema de la *deriva infinita* tal vez no sea más que un pseudoproblema fruto de un enfoque inmanentista del lenguaje; entendiendo por tal una toma de posición que se abstiene de adjudicar un carácter intrínsecamente referencial al discurso humano. Es decir, el desplazamiento del carácter infinito atribuido a la paráfrasis y no a la traducción muestra, por una parte, que la primera no se puede dirimir en términos de inmanencia por reducción a cuestiones de código o sistema —pues esto sería propio de la traducción— y, a la vez, muestra que se trata de un auténtico problema pero dirimible en términos de interpretación, es decir, en términos que se preocupen por la relación del lenguaje con el mundo.

Sin embargo, esto exige establecer dos momentos para la interpretación. Así, en un primer momento la tarea de la interpretación muestra claramente la atracción que el discurso especulativo ejerce sobre el metafórico. La enunciación metafórica deja en suspenso el sentido segundo y sólo mediante la interpretación se racionaliza la experiencia que llega al lenguaje a través del proceso metafórico. Pero esta descripción, según Ricoeur, nos muestra sólo un tipo de interpretación *reductora*, es decir, aquella que tiende a redescribir la semántica de la enunciación metafórica en un horizonte de comprensión conceptual. Esta modalidad de interpretación, que más bien tiende a destruir la metáfora para transformarla en concepto a través de un proceso de racionalización, debe ser complementada con una interpretación amplificadora que responda, a la vez, a las peculiaridades de ambos discursos sin anularlos:

La interpretación es, por tanto, una modalidad de discurso que opera en la intersección de dos campos, el de lo metafórico y el de lo especulativo. Es, pues, un discurso mixto

que, como tal, no puede dejar de experimentar la atracción de dos exigencias rivales. Por un lado quiere la claridad del concepto; por otro, intenta preservar el dinamismo de la significación que el concepto fija e inmoviliza (Ricoeur, 1975: 383).

UN CASO DE APLICACIÓN DE LA TEORÍA DE LA METÁFORA

Un ámbito de problemas específico en el que puede ejemplificarse la fertilidad de un enfoque hermenéutico como el esbozado, que trabaja a partir de la intersección de las distintas modalidades de discurso con la pretensión de discurrir acerca de cuestiones que eviten la inmanencia del lenguaje, lo constituye el examen de la imaginación para tratar con la acción humana. Para finalizar, consideraré brevemente algunas de las consecuencias que extrae Ricoeur de su examen de la imaginación a partir de la noción de metáfora como resultado de la innovación semántica, tal como lo presentó en “L’imagination dans le discours et dans l’action” (Ricoeur, 1976a). Para este análisis vuelven a conjugarse las características de atribución cognoscitiva y de análisis en términos de enunciación metafórica para la metáfora viva, a partir del resultado de la interpretación, como señalé al inicio de mi exposición.

Según Ricoeur, preguntarse por la imaginación desde la metáfora permite, en primer término, superar interrogantes anacrónicas acerca del modo de constitución de las imágenes y el consabido supuesto de entidades mentales previas a nuestros procesos de conceptualización que actuarían, según esa versión, como reaseguro de nuestras construcciones e idealizaciones (*cf.* Ricoeur, 1976: 241). Por el contrario, un análisis de la imagen a partir de la enunciación metafórica, tal como ocurre en la imagen poética, por ejemplo, permite atender fenómenos propios del discurso como el de *repercusión* o *reverberación*, que proceden de las cosas dichas y no de las cosas vistas. Este proceso se da en la experiencia de lectura y, dado que depende de la dicción poética y por ende de los modos de configuración que establece, tiene como peculiaridad que no consiste en un ejercicio de asociación libre por liberación de imágenes —como podría sugerir un enfoque psicologista— sino, por el contrario, en una suspensión de los recursos perceptivos propios del sentido común y en la liberación de las posibilidades en que “probamos ideas nuevas, valores nuevos, formas nuevas de estar en el mundo” (Ricoeur, 1976a: 245). Las consecuencias para un análisis que defiende el poder cognitivo de la

metáfora son valiosas. En primer término, se desprende de este análisis la posibilidad de atribuir una función heurística a la metáfora —función que según Ricoeur la emparenta con la noción de modelo que propone Black— y que consiste en un proceso con dos resultados complementarios: a) la supresión de *la tesis del mundo*, es decir, la supresión mediante un lenguaje de ficción de nuestro trato con el mundo en términos de manipulación y control; y b) la capacidad redescritiva —modelizadora, según Black— que abre y despliega una referencia segunda como resultado de la suspensión de la primera y por el efecto de sentido que surge de la innovación semántica realizada por la metáfora. Sin embargo, una segunda consecuencia es aún más reveladora de su poder cognitivo: la representación ficticia del mundo humano que nos podemos dar a nosotros mismos tendría un alcance limitado si quedara en la función redescritiva. Ricoeur avanza entonces sobre el plano de la acción misma y encuentra que la imaginación tiene una función proyectiva y, por ende, productiva. Se trata, para el caso de la imaginación práctica, de la vida práctica, donde el elemento disposicional de la imaginación es la que permite no sólo proyectar las posibilidades de mi acción sino, también, evaluarla. Y en esto vuelve a jugar un papel relevante la imaginación mediada lingüísticamente, pues para el caso es un tipo de formulación construida con expresiones condicionales (*cf.* Ricoeur, 1976a: 250), por ejemplo, lo que nos permite realizar las variaciones imaginarias en que probamos potencialmente la acción práctica.⁴²

Para finalizar, la enunciación metafórica muestra para la vida práctica un modo de tratar con el lenguaje en su relación con el mundo abierto a un estado de cosas potencial de no referencialidad inmediata y, sin embargo, no por ello meramente virtual, sino más bien de proyección hacia las posibilidades de lo humano que se pueden explorar mediante postulados de utopía. A su vez, esto permite analizar el fenómeno de la imaginación ya no con criterios mentalistas al modo de una copia, sino desde su constitución lingüística, es decir, a partir de examinar cuánto del imaginario social se produce a expensas de la apertura del mundo desplegada con el lenguaje abierto a explorar sus infinitas posibilidades.

⁴² Véase también Ricoeur, 1977, donde el autor dedica un examen detallado al discurso de la acción a partir de un análisis de la teoría de los actos de habla según John Austin.

BIBLIOGRAFÍA

- Alcalá Campos, Raúl, [1999], *Hermenéutica, analogía y significado. Discusión con Mauricio Beuchot*, México, Surge, 1999.
- Aristóteles, *Poética*, Madrid, Gredos, 1974.
- Beardsley, M. [1958], *Aesthetics*, Nueva York, Harcourt, Brace and World, 1958.
- Benveniste, Emile, [1966], *Problemes de linguistique générale*, París, Gallimard (las referencias corresponden *Problemas de lingüística general*, México, Siglo XXI, 1974).
- _____. [1974], *Problemes de linguistique générale*, 2, París, Gallimard (las referencias corresponden a la edición castellana de Siglo XXI, México, 1994).
- Beuchot, Mauricio, [2001], “La racionalidad analógico-simbólica como propuesta para la Post-Modernidad”, en *Páginas de Filosofía*, año VII, núm. 9, Neuquén, Departamento de Filosofía, Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Comahue, junio de 2001.
- Black, Max, [1962], *Models and metaphors*, Ithaca, Cornell University Press, 1962 (las referencias corresponden a la edición castellana de Tecnos, Madrid, 1966).
- _____, [1979], “More about metaphor”, en Ortony, A. (ed.), *Metaphor and Thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 1982.
- Eco, Umberto, [1984], *Semiotica e filosofia del linguaggio*, Turín, Einaudi (traducción castellana: *Semiótica y filosofía del lenguaje*, Barcelona, Lumen, 1990).
- Escandell Vidal, María Victoria, [1996], *Introducción a la pragmática*, Ariel, Barcelona, 1996.
- Hahn, L. E. (ed.) [1995], *The Philosophy of Paul Ricoeur*, Illinois, The Library of Living Philosophers, vol. XXII, 1995.
- Hegel, Georg Wilhelm Friedrich, *Fenomenología del espíritu*, México, Fondo de Cultura Económica, 1966.
- Kuhn, Thomas, [1990], “Dubbing and reddubing”, en Savage, G. (ed.), *Scientific Theories*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1990.
- Lakoff, George y Mark Johnson [1980], *Metaphor we live by*, Chicago, The University of Chicago Press, 1980.
- Levin, S. R. [1979], “Standard approaches to metaphor and a proposal for literary Metaphor”, en Ortony, A. (ed.), *Metaphor and Thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 1982.

- Presas, M. [1997], *La verdad de la ficción*, Buenos Aires, Almagesto, 1997.
- Quine, Willard Orman Van, *Palabra y objeto*, Barcelona, Labor, 1968.
- _____, *Del estímulo a la ciencia*, Barcelona, Ariel, 1998.
- _____, *La relatividad ontológica y otros ensayos*, Madrid, Tecnos, 1986.
- Reddy, M. J. [1979], "The conduit metaphor: a case of frame conflict in our language about language", en Ortony, A. (ed.), *Metaphor and Thought*, Cambridge, C.U.P., 1982.
- Richards, I. A. [1936], *The Philosophy of Rethoric*, Oxford, Oxford University Press, 1936.
- Ricoeur, Paul, [1974], "Metaphor and the central problem of hermeneutics", en Thompson, J. (ed.), *Paul Ricoeur. Hermeneutics and the Human Sciences*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981.
- _____, [1976a], "L'imagination dans le discours et dans l'action", en *Du texte á l'action. Essais d'herméneutique II*, París, Seuil, 1986.
- _____, [1977], *Le discours de l'action*, París, Centre National de la Recherche Scientifique, 1977.
- _____, [1975], *La métaphor vive*, París, Seuil, 1986.
- _____, [1985], *Temps et Récit III. Le temps raconté*, París, Seuil, 1985.
- _____, [1986], *Du texte á l'action. Essais d'herméneutique II*, París, Seuil, 1986.
- _____, [1976b], *Interpretation Theory. Discourse and the surplus of meaning*, Nueva York, Texas University Press (las referencias corresponden a la versión castellana de Siglo XXI, México, 1995).
- _____, [1973], "The task of hermeneutics", en Thompson, J. (ed.), *Paul Ricoeur. Hermeneutics and the Human Sciences*. Cambridge, C.U.P., 1981.
- Schütz, Alfred, [1962], *El problema de la realidad social*, Buenos Aires, Amorrortu, 1995.
- Searle, J. R. [1979], "Metaphor", en Ortony, A. (ed.), *Metaphor and Thought*, Cambridge, C.U.P., 1982.
- Steiner, George, [1992], *After Babel: Aspects of language and translation*, Oxford, C.U.P., (traducción castellana: *Después de Babel: aspectos del lenguaje y la traducción*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995).
- Wheelwright, P. [1962], *Metáfora y realidad*, Espasa-Calpe. Madrid, 1979.